

Luis Frontera

Sagrada familia





Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Frontera
Sagrada familia

EL CAPITÁN FRONTERA

«Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras,
tú eres uno de aquellos».

MIGUEL HERNÁNDEZ, dedicado a las brigadas
Internacionales que lucharon en España

Mi padre fue un traidor a la patria.

Un día metió su uniforme de capitán del Ejército Argentino en una bolsa de arpillera y lo dejó en la mesa de entradas del Ministerio de Defensa, ante la boca abierta de un suboficial.

—Me voy a la guerra —dijo.

Y se fue.

La foto de su partida, en Puerto Nuevo, muestra a mamá embarazada con una sonrisa tan leve que es casi una ausencia. Tiene una beba en brazos y la rodean seis hijos más. Mis hermanas mayores tienen tapados que les llegan a los tobillos y las más chicas usan calzas blancas y polleras hasta la mitad de las piernas. El varón de la fotografía es mi hermano Juan, que en el futuro será boxeador: se lo ve desafiante y enojado en su pantalón corto.

Veo la foto y me parece escuchar la sirena del barco, la despedida de una música histórica que nunca termina de llorar.

Yo no había nacido cuando mi padre se fue y era muy chico cuando murió. Y cada vez que en casa hablaban de mi padre y de la guerra de España, era tan grande el enojo con que lo nombraban que yo había terminado por creer que la guerra civil era algo que había sucedido en nuestra propia casa. Sin embargo, el único indicio de guerra que había en mi casa eran unos tipos que tiraban piedras contra las ventanas, insultaban la memoria de mi padre y exigían que todos nosotros fuésemos a vivir a Rusia. Se llamaban Alianza Libertadora Nacionalista.

En cambio, en el barrio había rastros de la guerra de España pero yo en aquel momento no sabía descifrarlos. En la panadería de la calle Congreso, por ejemplo, la dueña, Doña Elvira, una mujer fuerte, me saludaba con el puño en alto, me regalaba facturas y me decía que estaba tan flaco que ni siquiera tenía viento. La panadería se llamaba «Capitán Galán» y mucho tiempo después supe que Galán había sido el primer militar republicano fusilado en España. Pero en aquella época, a los cuatro o cinco años de edad, yo estaba convencido de que Galán era un actor de cine muy buen mozo que vivía cerca de mi casa y se llamaba Alfredo Alcón.

Yo sospechaba que, si mi padre era realmente mi padre, en algún momento debía haber regresado. A la única persona que pude preguntarle sobre mi nacimiento fue a mi hermana Lalita, que era una bruja buena.

—Tu padre volvió —me dijo—. Pero volvió loco. Loco de la guerra. Y a vos te hicieron cuando mamá lo visitó en la cárcel de un regimiento, en una de las tantas veces que tu padre estuvo preso.

Mis hermanas estaban tan enojadas con papá que siempre decían «tu padre».

—Pero no te preocupés, también a Don Quijote lo hicieron en la cárcel.

A Lalita había que creerle. Una vez fui con ella a la farmacia de Álvarez Thomas y Congreso y estábamos esperando que nos atendieran cuando entró una mujer.

Lalita le sonrió:

—Aumentó, señora —le dijo.

La mujer, molesta, la miró extrañada:

—¿Y vos cómo sabés lo que yo vengo a comprar?

—La Sapolán Ferrini aumentó.

La señora se puso pálida y mi hermana me agarró de la mano y salimos corriendo de la farmacia.

—No sé cómo pero lo sabía, la Sapolán Ferrini aumentó —me dijo, agitada por el trote.

Tiempo después mi hermana mayor, Mercedes, me dijo que ya era hora de saber la verdad:

—Tu padre era comunista

—¿Y qué quiere decir? —le pregunté.

Mercedes apresó mi cara entre sus manos:

—¿Pero no te das cuenta? Comunista y capitán del Ejército Argentino.

Estas situaciones sucedían cuando tenía algo más de nueve años, en la época en la que empecé a negarme a ir al colegio. Yo ya había aprendido a leer solo, mirando los carteles luminosos, deletreando los diarios y los libros.

Las pocas palabras que había aprendido en el colegio me asustaban y la palabra cociente me daba pesadillas de las que despertaba aterrado. Finalmente y ante mi obstinación de abandonar la Escuela, llamaron a mamá y le dijeron que me llevase al Consejo Escolar. De allí me derivaron a un hospital donde un médico le dijo a mamá: «Señora, cómo va a aprender nada, su hijo está desnutrido».

Recién entonces, libre del colegio y apoltronado en el cine, comencé a descubrir palabras que realmente me importaban. Y a partir de ese momento imaginé que, recurriendo a las palabras, hasta podía construirme un padre sin la ayuda del colegio porque, en materia de lenguaje, ninguna escuela podía tener la última palabra.

Poco después, entre los diversos libros de la biblioteca de mi padre, descubrí frases mágicas. Y algunas eran tan potentes que yo las leía como contraseñas enviadas por él desde la eternidad. En *Don Quijote de la Mancha* encontré, subrayada por mi padre, una frase que me pareció en clara referencia a mi concepción en la celda de un regimiento: «¿... un hijo lleno de pensamientos varios, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?».

Al llegar a la pubertad, empecé a pensar en mi padre y hablé con muchas personas que lo habían conocido y leí y escribí una gran cantidad de palabras sobre él.

Después pasaron toda clase de cosas y son las que trato de recordar a partir de este momento. Pero el hecho de haber sido concebido en una cárcel debe haberme afectado desde el primer momento porque una mañana desaparecí.

De veras, desaparecí. Me fui encerrando en mis palabras, como una araña que al tejer su lenguaje va quedando prisionera de su propia estrella.

EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

Estaba desnudo, tenía las muñecas atadas a la cama y me pasaban suero desde un frasco en el que se leía la palabra «Impregnar» escrita con birome. A veces venía un hombre vestido de celeste, miraba la cánula un segundo y al retirarse dejaba una sombra helada en el aire.

Cada vez que despertaba, buscaba restos de mis sueños entre las sábanas y sentía que mi cuerpo no era más que un acompañante silencioso que cada tanto orinaba.

Antes de eso había pasado varios días en una especie de calabozo del hospital. A veces se abría una mirilla, una voz gritaba un apellido y después, en un susurro, la misma voz agregaba que esa persona había pasado la admisión y ya tenía cama en una sala.

El Pabellón Número 7 era una sala con las camas alineadas en dos filas y alumbrada con una luz tan macilenta que parecíamos sombras arrancadas de un cuadro de Toulouse-Lautrec.

A veces, al escuchar la lluvia sobre los tejados, la mayoría de los internados se apuraban a meterse en la cama como si de pronto se hubiesen dado cuenta de que no tenían que estar ahí, drogados y sin nadie en el mundo.

La sala tenía una sola puerta cerrada y el picaporte siempre estaba del otro lado, en el bolsillo de un enferme-

ro o en el de un colaboracionista, que eran los únicos que estaban autorizados para abrirla.

El baño, sin puertas, estaba al fondo de la sala y en el suelo encharcado había tres agujeros en fila y sin nada que los separase. Atontados por los medicamentos debíamos aliviarnos haciendo equilibrio y a la vista de todos.

Cada tanto se me acercaba uno que decía llamarse Ricky y que hablaba entrecortado, como si a cada palabra le retorciera el pescuezo. Tenía un costurón rojo en la frente, herencia de un balazo que le había abierto un pequeño tajo pero sin atravesarle el cráneo.

A Ricky parecía hacerle bien contarme sus intentos de quitarse la vida. Decía que los suyos no eran «suicidios por cortocircuito» sino «suicidios de balance». Y creo que con eso quería decir que cada vez que hacía el inventario de su relación con La Turca le venían ganas de morir.

—Ganas de asesinarme —decía.

Ricky llegaba, me secaba la frente y antes de irse me preguntaba si estaba meado o si me habían dado «la insulina».

Después me contaba que en la sala cada uno tenía el nombre que se merecía. La Promesa era uno que le había prometido a su mamá que iba a dejar de ser puto pero no había podido cumplir. La Promesa se acercaba hasta mi cama y me daba agua con una cucharita. Había algo maternal en su mirada y era el único del Pabellón que no parecía un linyera. Usaba un jean cortado hasta las rodillas, mocasines bonitos y sin medias, un pulóver rojo de cuello en V sobre la piel y olía a colonia barata.

La Promesa siempre estaba sonriente pero cuando andaba en mangas cortas se le veían unas cicatrices horizontales en la muñeca izquierda.

—A vos La Promesa te bautizó como «el Interesante» —me dijo Ricky— porque le escuchó decir a un médico que el tuyo es un caso interesante.

De todas maneras debo aclarar que el tema de los nombres no iba conmigo: los medicamentos me habían borrado la memoria corta y para recordar un nombre tenían que decírmelo más de diez veces.

En el pabellón éramos varios los que no podíamos salir de adentro de nosotros mismos. Pero, a diferencia de mi caso, los otros estaban «encerrados en sí mismos de por vida».

A uno lo llamaban Tres Gemidos porque si le preguntaban su nombre gemía tres veces y se iba rápidamente por el pasillo con la mano que le faltaba metida en el bolsillo izquierdo y con la derecha se iba sosteniendo la mandíbula como si se le fuese a caer la cabeza.

También estaba Pandiayer que era microcéfalo o algo así. Comía pan viejo, hablaba gangoso y todo el tiempo preguntaba dónde tenía que ir. El caso de Batisola era especial, porque en verdad se llamaba Batisola y porque si le hablaban escapaba hacia adentro de sí mismo y, para proteger la retirada, iba dejando atrás un campo minado de palabras incomprensibles que estallaban y que él no interrumpía hasta entrada la noche.

Ricky, cuando estaba molesto, decía que no había podido dormir porque los gritos que Batisola había dado a la tarde seguían andando solos por los pasillos durante la noche. El pabellón, por momentos, parecía una versión de La Caverna de Platón: adentro estábamos los encadenados a la oscuridad y afuera los que habitaban en la luz y tenían sana la cabeza.

Pero lo extraordinario llegó después de que me aplicaron el suero contra las emociones. Todas las palabras que yo había dicho, escuchado, leído y escrito a lo largo de mi vida empezaron a llover. Primero cayeron unos signos, después unas letras y al final hubo un diluvio de frases.

Pasado el aguacero empecé a viajar hacia adentro y cuanto más me hundía en mí mismo, más rojas se volvían las visiones y más alto escuchaba el sonido de mi propia sangre al circular por mi cuerpo. Veía volcanes y pájaros en llamas subiendo desde mi interior y sentía que eran semillas de palabras que nunca llegaban a ser dichas, porque una vez que subían y pasaban la Cordillera del Lenguaje se disolvían en burbujas sin llegar a ser pronunciadas.

No podía salir de mi mente.

Sólo podía recorrer mi interior.

El mundo de las palabras habladas ya no era mi casa.

Me había convertido en psiconauta.

Era el Marco Polo de mí mismo.

Fue poco después de ese tiempo en el que ni siquiera podía llorar ni reír, cuando unos enfermeros me dijeron que había llegado el momento de mi primera entrevista. Ricky me ayudó a lavarme y me prestó un pantalón y una camisa porque al llegar al hospital me habían quitado la ropa, el reloj y los documentos de identidad.

Después de una larga espera en el pasillo, la licenciada Esther Budeen me atendió en un gabinete con montañas de carpetas y, sobre una mesita de metal, tenía un vaso con agua y un jazmín de verdad.

La licenciada era muy bonita y olía como un caramelo de fruta recién sacado del celofán.

—¿Por qué pensás que estás aquí? —me preguntó, con voz ronca, cruzando sus piernas largas.

Iba a decirle lo que pensaba pero no pude. Estaba mudo, extasiado, mirándola. Sólo veía seres destruidos y esa mujer era más hermosa que la primera mañana después del Big Bang. Lo mío no era atracción física, era asombro. La sola existencia de sus ojos grises, su piel cui-

dada, su impecable camisa blanca y su pollera oscura, ceñida, eran un acto de reparación contra los infinitos daños del hospital.

Todavía pensaba una respuesta cuando sobre uno de los barrotes de la ventana se posó un gorrión y empezó a piar. Entonces, en voz baja para no espantarlo, le pregunté a la licenciada si por un momento podíamos mirarlo en silencio.

La psicóloga me observó, no disimuló su molestia y me dijo que la sesión había terminado:

—Cuando no te hagas el seductor, te vuelvo a llamar —me dijo.

Y cerró la carpeta en la que iba a escribir mi historia.

En ese momento no entendí. Pero enseguida, al volver a la sala, las burlas de unos tipos me hicieron sentir como una estatua desnuda cuando le quitan la funda en la inauguración:

—¿Y esos quiénes son? —le dije a Ricky.

—Son colaboracionistas

—¿Y eso qué quiere decir?

—Un colaboracionista es una mezcla de paciente y de enfermero que, en vez de ayudarte, viene y te caga a patadas.

Al volver al pabellón decidí que sólo le entregaría al hospital la parte más superficial de mi mente y juré que del otro lado de mi Muro de Berlín Mental, no volverían a entrar. Y acababa de tirarme en la cama cuando, al verme apesadumbrado, vino La Promesa y me acarició la cabeza.

—Ya los escuché —me dijo—. No les hagas caso, bebé, matalos con el diferencial.

En aquel pabellón todos éramos adjetivos.

A verbo no llegábamos ninguno.

«ESPAÑA, ME VOY A ESPAÑA»

(FRASE ATRIBUIDA A CÉSAR VALLEJO, EN SU AGONÍA,
EN UN HOSPITAL DE PARÍS).

A fines de 1936 te embarcaste en el vapor *Florida* junto a dos poetas, un psiquiatra recién recibido, un crítico de arte y un millonario izquierdista. Como era seguro que al llegar a España ibas a estar más preocupado por los chicos bombardeados en Madrid que por tus propios hijos, el Movimiento de Ayuda a la República prometió que a nuestra familia no iba a faltarle nada.

Con María Luisa Carnelli, Raúl González Tuñón, Policho Córdova Iturburu y el doctor Pablo Grimbaun, se reunían en la cubierta para compartir el vermú invitado por Jules Supervielle, que viajaba en primera.

Raúl, después de escribir sus despachos para *La Nueva España*, llegaba sonriente y engominado, enfundado en un traje claro, con un saco cruzado de grandes solapas y una corbata dorada. En uno de aquellos encuentros te contó que cinco años antes había cubierto la Batalla de Boquerón, en el Chaco Boreal, considerada la más heroica y encarnizada de la historia junto a la de las Termópilas:

—He visto los cadáveres de los soldaditos abrazados entre ellos; es horrenda la guerra, capitán, huele a sangre y ácido fénico.

El barco tuvo problemas y estuvieron varios días anclados bajo el sol de África y balanceados durante las noches por un mar de satén. Hasta que una mañana con González Tuñón, Grimbaun y Córdova Iturburu, salieron en una barcaza para recorrer el lugar. Finalmente, pasados de hambre y de sed, llegaron a una costa perdida entre manglares y baobabs grises y gigantescos.

En el atardecer de la jungla entraron sigilosos en una pequeña aldea y en medio de un sol agobiante caminaron largo rato entre vendedores de mangos, enormes termitas rojas y acacias de flores violetas. Finalmente, en la curva de un sendero, y ya en la selva más profunda, encontraron un despacho de bebidas y fueron derecho a un mostrador en el que un antropólogo francés y un entomólogo inglés bebían absenta y divagaban sobre un mundo en el que los humanos, los animales y hasta los insectos seríamos hermanos.

Pero de pronto, en aquel lugar perdido del África, el silencio fue quebrado por los gritos de varias mujeres francesas: «¡Raúl chérie, Raúl chérie!», gritaban y en camión salieron de unas habitaciones y en el lugar más inesperado del mundo corrieron semidesnudas para abrazar a Juancito Caminador, a quien llamaban *Frère*.

Unas semanas después de aquella excursión, y al llegar a Valencia, firmaste un contrato directo con el Ministerio de Defensa y fuiste incorporado al Ejército de Tierra de la II República de España. Contra lo que publicaban algunos diarios argentinos, nunca fuiste voluntario de las Brigadas Internacionales sino oficial del ejército regular de la Tercera República de España.

De inmediato te ascendieron a mayor y te destinaron al Frente de Madrid. Apenas llegado a la capital, pediste ir a las zonas más calientes pero la respuesta fue negativa.

Los mandos te ordenaron que por el momento te dedicases a dar instrucción a grupos de voluntarios llegados de la vida civil y a escribir artículos para periódicos, partidos políticos y sindicatos.

La instrucción empezaba al amanecer y consistía en luchas cuerpo a cuerpo donde había que desarmar al rival con la menor cantidad posible de golpes. A vos te sangraban los nudillos.

A media mañana y hasta muy entrada la tarde llegaban las sesiones de tiro con revólver o fusil y las instrucciones para el cuidado del parque. Por la noche, con milicianos destinados a comunicaciones, dabas clases sobre código morse.

Los pedidos de notas llegaban en bolsines, y las instrucciones más solicitadas por los sindicatos y por los grupos armados trataban sobre el cuidado del fusil o sobre cómo cavar una zanja antitanque. Había reclutas tan inocentes que necesitaban varias clases prácticas para entender que lo primero que debían hacer era poner el proyectil en el cargador.

Pero esas tareas didácticas no te interesaban: durante 25 años te habías preparado para pelear y ahora, mientras la aviación alemana arrasaba Madrid, tenías que encerrarte en un despacho, hasta la madrugada, para escribir artículos con dos dedos en una máquina portátil marca Erika.

En los primeros tiempos te alojabas en el Hotel Madrid, donde convivías con los distantes oficiales llegados del este, serios como bacalaos, y con los poetas de habla hispana, efusivos y dicharacheros.

A veces bajaba a comer André Malraux. No habías leído nada de él pero todos decían que era un gran escritor y que había peleado heroicamente en la Revolución

China. También, pero menos, había algunos que se quejaban de que sus aviones llegaban cuando se habían callado «Las trompetas de Jericó» y cuando los Stuka ya se habían ido y dejado el tendal.

Malraux, cuando llegaba, saludaba alzando las cejas y se sentaba frente a vos. Tenía un tic, un movimiento repentino, algo como un estornudo que lo hacía resollar y sacudir la cabeza. Miraba largamente el plato sin probar bocado ni decir palabra; al rato se levantaba, *Bon nuit, monsieur* decía, Buenas noches agregaba, y se iba sucio y cansado como había llegado.